**El centro que decide sobre el desarrollo o la retirada**

Homilía, 14 octubre 2019 – Krzysztof Wons SDS
[traducción]

Lunes de la XXVIII semana del Tiempo ordinario (I)
[Rom 1, 1-7; Sal 98 (97), 1bcde. 2-3b. 3c-4; Lc 11, 29-32]

Me sentí impulsado por la Palabra de Dios a reflexionar junto con vosotros sobre el discernimiento, este valor tan importante en nuestra vida comunitaria, en nuestra vida evangélica. Pensemos en la carta de san Pablo a los Romanos. Leedlo una vez más eliminando la palabra "Jesucristo". ¿Que quedará? Solo vacío, nada más cierto. La carta no tendrá sentido, si quitamos la Persona de "Jesucristo". ¿De quién habla Pablo? Todo vuelve a la Persona de Jesucristo. También en el evangelio de hoy, ocurre lo mismo. Cuando la gente está buscando la señal, Jesús dice "no se le dará más señal". Porque ya fue dada. He aquí, él está delante de vosotros: Jesucristo.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos desafía con el tema del discernimiento. Pablo en cambio, en la primera lectura, como he dicho, nos recuerda quién es el verdadero centro de nuestra vocación: Jesús muerto y resucitado, nuestro Salvador. Éste es el kerygma salvatoriano, salesiano, franciscano…, de todas las comunidades. El propósito principal de nuestro discernimiento siempre debería ser nuestra relación con Jesús Salvador, con Jesucristo. ¿Pero qué significa esto?

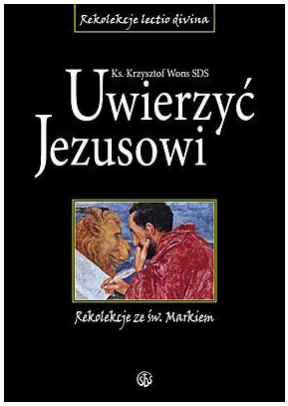
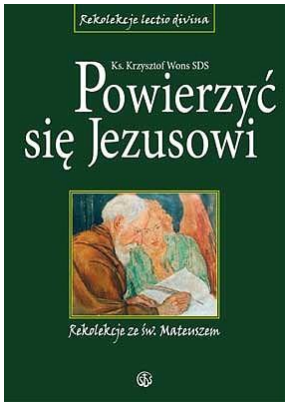
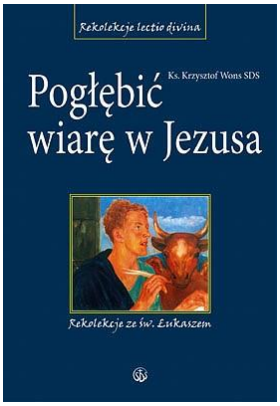
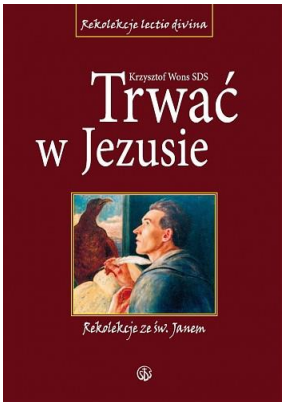
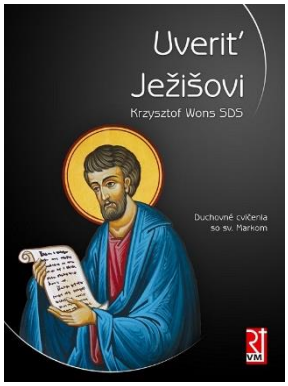
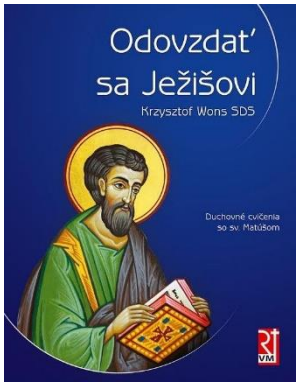
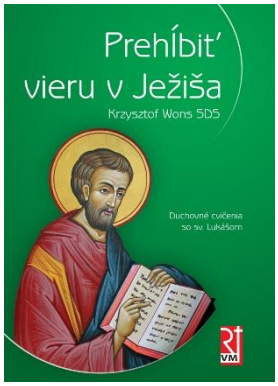
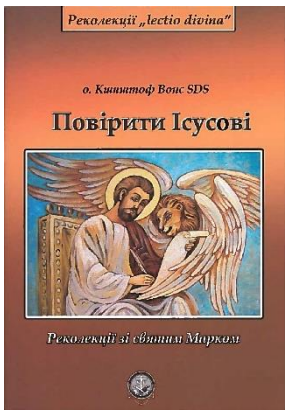
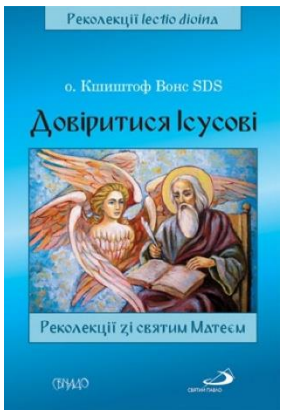
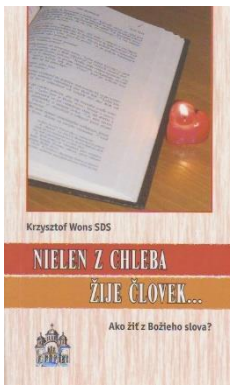
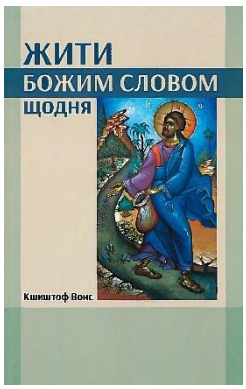
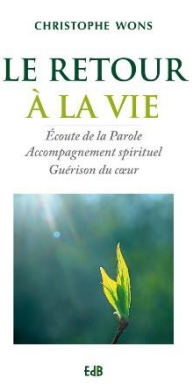
Cada Instituto tiene su propia historia. El discernimiento de su futuro está estrechamente vinculado a su carisma, a las fases de su vida y a su lugar en la Iglesia. Sin embargo, hay algo que es común a todos los Institutos, también a los aquí presentes, de los cuales somos representantes: es ese centro palpitante que ilumina la vida y la misión de cada uno de ellos; el llamado "corazón" que, aunque palpita de una manera diferente e irrepetible en cada Instituto e irradia una sensibilidad apostólica única en su género, siempre lleva a cabo la misma tarea: bombear sangre a cada parte de su organismo. Ese es el centro para todas sus dimensiones y en cada nivel de su vida; El centro que decide sobre el desarrollo o la retirada. Todo sale de él y todo vuelve a él.

Este corazón del que hablamos, como he dicho al principio, es la Persona de Jesucristo, cuya vida evangélica, aunque redescubierta y contemplada de mil formas, se convierte en la raíz y el significado de la vida y la misión de cada Instituto. Es en este corazón donde nacen las aspiraciones, los pensamientos, las pasiones, y también las decisiones y las acciones de nuestros fundadores y de nosotros, sus sucesores. Es en este corazón donde el Instituto relee sus planes y toma sus decisiones. Es la fuente de la vida en abundancia. Esta es la razón por la cual la pregunta que debe colocarse en el centro de un proceso de discernimiento serio y pacífico es la siguiente: ¿en qué medida somos, en nuestro tipo de vida y en nuestro trabajo, un "recuerdo vivo" del Señor Jesús? ¿Cómo se ve nuestro testimonio de pertenencia a Jesús, especialmente en las dificultades que experimentamos en nuestro "aquí y ahora"?

Para nosotros es obvio, pero siempre debemos recordarnos: es Jesús quien salva, no nuestros apostolados, ni nuestras misiones, ni nuestros negocios, ni nuestros programas. ¡No! ¡Es Jesús quien salva a este mundo y a nosotros mismos!

El discernimiento más importante, especialmente durante los capítulos provinciales o generales, debería referirse al estado de este centro del cual depende el estado de todas las áreas de la vida y del apostolado del Instituto.

Usando una cierta analogía, podríamos decir que incluso un Instituto religioso, como el nuestro y como cualquier otro organismo, un "corazón", tiene un centro vital propio. Me gustaría proponer este pensamiento del padre Cencini, que está en mi corazón y siempre regresa: "El corazón no es solo un órgano que podemos ubicar en un punto determinado del cuerpo, sino que está presente en todas partes. El corazón bombea la sangre que llega a cada parte del cuerpo; su pálpito se siente no solo en el lugar en que se encuentra; el corazón está en los brazos, en las piernas, en la cabeza y en la voluntad…". ¡Y él es nuestro Señor!

© CFD Kraków

He aquí la conclusión: El "corazón" de la vida de una comunidad de personas consagradas, como nosotros, consiste en hacerse semejante a Cristo gracias a un vínculo íntimo con Él, en hacer un esfuerzo total para imitarlo en el camino de los tres consejos evangélicos; reproducir en cada uno de nosotros, en la medida de lo posible, la forma de vida que tomó el Hijo de Dios, nuestro Salvador, cuando vino al mundo. Sólo una tal autoconciencia evangélica de los miembros de los institutos religiosos, les garantiza una identidad sólida y transparente. Sólo este tipo de identidad garantiza el cumplimiento de la misión que les confió Jesús en la Iglesia, que todos amamos.